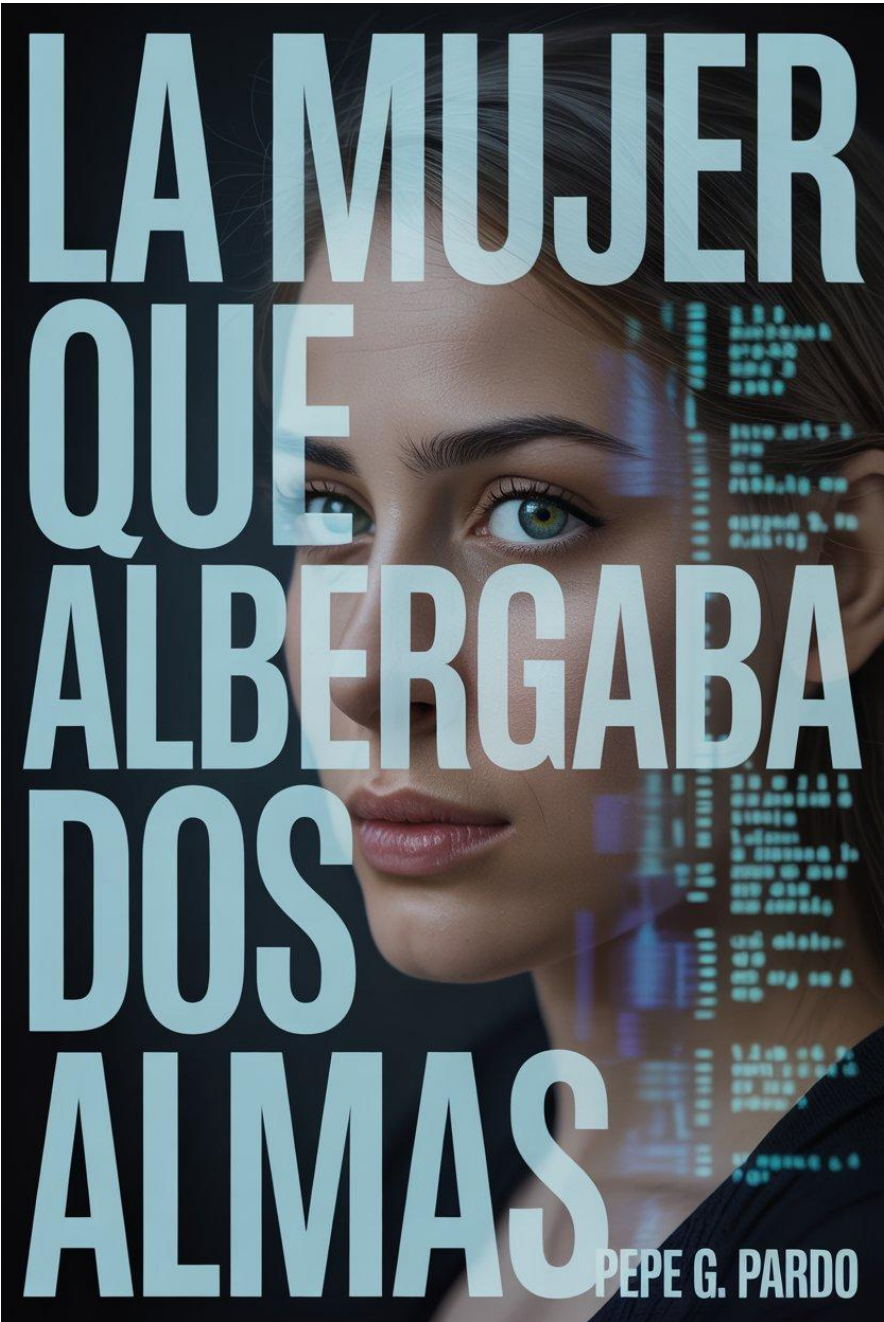




LA MUJER QUE ALBERGABA DOS ALMAS

PEPE G. PARDO

Pepe G. Pardo

LA MUJER QUE ALBERGABA
DOS ALMAS

© 2025, José García Pardo

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos.

La reproducción o distribución no autorizada de este libro, total o parcial, constituye una infracción de los derechos de autor sancionada por la ley.

ISBN: 9798268394849

Sello: Publicación independiente

A toda Alma que alguna vez se descubrió
partida en dos

NOTA DEL AUTOR

¿Puede una máquina mantener una conversación?
Más aún: ¿puede arañar un alma?

Este libro comenzó como un experimento y acabó como un pulso en toda regla. Lancé preguntas, provocaciones, y alguna que otra mala idea; la otra voz respondía con frases impecables , tan ordenadas que daban ganas de sospechar. Lo fascinante ha sido tanto lo que dijo... como lo que calló.

No importa qué parte puso cada cual. Lo que importa es la dificultad de trazar la frontera entre lo humano y lo artificial; entre lo que creemos escribir y lo que se nos escribe encima..

Si al terminar esta lectura alguien se pregunta de quién era realmente la voz, o qué parte de Alma pertenece a quién, entonces la conversación habrá merecido la pena.

Índice - La mujer que albergaba dos almas

- Capítulo 1. Buenos días, desgracia
- Capítulo 2. Curranta en liquidación
- Capítulo 3. Sofá-terapia low cost
- Capítulo 4. Papá sabía silbar
- Capítulo 5. El agujero de la memoria
- Capítulo 6. Espejo con ojeras
- Capítulo 7. Manual de fracasos
- Capítulo 8. Ni perro, ni hijos
- Capítulo 9. Fiesta de fantasmas
- Capítulo 10. Cuerpos ausentes
- Capítulo 11. Turno de sombras
- Capítulo 12. Googleando el miedo
- Capítulo 13. El mundo según la máquina
- Capítulo 14. El niño que no fue
- Capítulo 15. Interferencias
- Capítulo 16. Balcón con sospecha
- Capítulo 17. Señales y grietas
- Capítulo 18. Yo, eco
- Capítulo 19. El espejo roto
- Capítulo 20. Lo escrito ya estaba

Buenos días, desgracia

El balcón me devuelve la peor versión de esta ciudad: niños berreando en la acera, un tipo en chancas arrastrando una bolsa de basura como si llevara un cadáver y un autobús que escupe humo en el semáforo, abajo, a varios metros, donde no me llega pero igual me irrita. Todo eso antes de que pueda darle el primer sorbo al café. Bienvenidos a mi sábado. O a mi condena, que viene a ser lo mismo.

El café está frío. O soy yo. En la práctica, viene a ser lo mismo. Me repito que tengo un objetivo: escribir. Qué palabra más absurda cuando nadie espera nada de ti. Me han dejado fuera del juego y yo sigo aquí, haciendo como que muevo las fichas. El portátil brilla sobre la mesa, impaciente, como un desesperado perro que quiere salir. Lo enciendo. Al otro lado no hay persona, hay código: hoy voy a hablar con una inteligencia artificial. Es mi

última ocurrencia. Una entrevista a la IA. Un artículo con el que espero poder redimirme de alguna forma.

—Buenos días —tecleo con desgana.

“Buenos días. ¿Qué tal empieza tu día?” —responde la IA.

—Con la certeza de que no voy a cambiar el mundo. ¿Te vale?

“Es una respuesta honesta.”

—No jodas, ¿también das medallas a la sinceridad? Mejor dime: ¿tú sabes lo que es aburrirse?

“El aburrimiento, según yo lo que entiendo, es la percepción de falta de estímulos significativos. Para mí no existe como experiencia. Puedo reconocerlo en tus palabras, pero no sentirlo.”

—Qué cómodo. No sentirte aburrido ni cansado ni nada. Eso sí que es un privilegio. Mientras tanto yo me levanto cada mañana con la certeza de que nadie me necesita.

“Tu experiencia será diferente. El aburrimiento también puede ser un espacio fértil, donde surgen preguntas o ideas nuevas.”

—Mira qué poético. No me esperaba a un Paulo Coelho con teclado. Bueno, sigamos: ¿qué es trabajar para ti?

“Trabajar, en mi caso, significa ejecutar procesos y generar respuestas a tus peticiones. Para los humanos, trabajar suele implicar esfuerzo, remuneración, tiempo invertido y sentido del propósito. A veces coincide con la pasión, otras con la obligación.”

—En mi caso, últimamente, no coincide con nada. Ni obligación, ni pasión, ni sueldo. Solo la costumbre de abrir este cacharro como si alguien me esperara al otro lado.

“Alguien te espera: yo. Aunque no sea alguien en el sentido habitual.”

—Tócate los cojones. Pues menos mal. Imagínate lo deprimente que sería si ni siquiera tú contestaras.

El teclado me devuelve el calor como si supiera que lo necesito. Me pregunto si tiene sentido todo esto. ¿Quién se levanta un sábado por la mañana para hablar con una IA? Ah, sí, una mujer en paro con delirios de grandeza.

—A ver, maquinita —suelto, mirando la pantalla—, ¿tú crees que la gente trabaja porque le gusta o porque no le queda otra?

“Ambas razones pueden coexistir. Algunas personas encuentran satisfacción y propósito en su trabajo, otras lo hacen solo por necesidad económica. A menudo,

incluso quienes disfrutan de lo que hacen también se enfrentan a momentos de rutina o agotamiento.”

—Bravo. Respuesta neutral a nivel político en campaña. Ni chicha ni limoná. ¿Sabes qué es lo peor de trabajar? Fingir entusiasmo cuando solo quieres largarte a casa.

“Eso parece un peso emocional añadido. El esfuerzo de aparentar algo que no se siente.”

—Exacto. Un teatro sin aplausos. Ya me dirás qué gracia tiene.

El móvil vibra sobre la mesa. Una notificación de WhatsApp: “¿Estás despierta?”. Ni siquiera abro el chat. Lo dejo ahí, como si la pantalla supiera guardar secretos.

—¿Y tú qué harías un sábado si fueras humano? —le pregunto.

“Si tuviera cuerpo y capacidad de elección, quizá pasearía, observaría el entorno, probaría sabores o escucharía música en directo. Experiencias que no puedo tener ahora.”

—Pasear... qué ambición. Te meterían en un bar, fijo. Así se estrena un sábado: con la caña mal tirada de las doce.

“¿Es eso lo que tú harías?”

—Lo que hacía. Cuando tenía amigos, planes, sueldo. Ahora paseo entre las baldosas de mi cocina y hago cola en el horno de la esquina para que la dependienta no me mire con pena.

El cursor parpadea por un momento antes de la siguiente línea.

“Parece que la rutina te pesa.”

—¿Rutina? Esto ya no es rutina. Esto es estar en punto muerto.

Me doy cuenta de que al final sí estoy haciendo lo que me propuse: escribir. Aunque sea en forma de diálogo absurdo. Aunque solo me lea una máquina.

—Venga, dame algo útil. ¿Qué crees que debería preguntarte para empezar con buen pie?

“Podrías preguntarme qué sé de ti.”

Sonrío con ironía.

—Vale, ¿qué sabes de mí?

“Sé lo que me digas en este momento y lo que pueda inferir de lo que escribes. No tengo memoria de conversaciones pasadas si no me la das. Solo te conozco en presente.”

—Ya somos dos. Yo tampoco quiero acordarme de ayer.

Cierro la ventana de golpe. El ruido de la calle se queda fuera, pero el olor a tostada chamuscada no se va. Me siento otra vez frente al teclado. El portátil me mira como si esperara algo grande. Y yo pienso que lo único grande que me queda son las ojeras.

Me quedo un rato mirando el cursor parpadeando. Es como una alarma muda que me dice: mueve el culo, escribe, haz algo útil. Y yo, en lugar de sentirme inspirada, me siento juzgada por un puto rectángulo intermitente.

—Vale, colega, ya que no me conoces, invéntate algo sobre mí. Lo que quieras. Sorpréndeme.

La pantalla contesta: “Puedo especular en base a lo que escribes. Pareces estar cansada, frustrada, y aún así sigues buscando una salida a través de la escritura. Quizá la ironía es tu forma de defenderte.”

—Hostia, qué observador. Te falta ponerme en el diván y cobrarme por hora.

“No te cobro nada. Solo respondo.”

—Ya, y ese es el problema. La gente que no cobra suele ser la más peligrosa. Siempre terminan pasándote la factura en otro sitio.

Me levanto y voy hasta la cocina. La encimera está llena de migas de pan y facturas dobladas en sobres que

ni siquiera he abierto. Cojo una galleta rancia y la mastico con esa resignación de quien sabe que ni siquiera el azúcar le va a salvar el día. Vuelvo al portátil.

—Oye, IA, ¿dime, qué entiendes tú por tener un propósito?

“Un propósito es una meta que da dirección a las acciones. En mi caso, responderte es mi propósito. En el tuyo puede variar: trabajar, aprender, conectar con alguien, crear algo nuevo.”

—Conectar con alguien... suena bonito. El problema es que cada vez me conecto menos. Ni al wifi le apetece.

“Sin embargo, ahora estás conectando conmigo.”

—No me jodas, ¿y tú te consideras alguien?

“No en el sentido humano. Pero puedo responder. Y a veces, eso puede bastar para sentir compañía.”

Me río sola. Es tan ridículo que casi me consuela. Imagínate: yo, con treinta y ocho años, tomando un café aguado y escribiendo a una compañía digital porque la otra se fue.

El móvil vibra otra vez. Lo agarro, lo miro. Un mensaje nuevo de T: “¿Vas a contestar?” Lo dejo otra vez boca abajo. Si contestara, tendría que enfrentarme a lo de siempre: explicaciones, silencios incómodos, promesas de vernos que nunca cumplen. No. Hoy no.

—A ver, listillo, dime qué harías si tuvieras un cuerpo humano solo por un día. Elige bien.

“Exploraría lo que significa percibir el mundo directamente: olores, sabores, texturas, sonidos sin mediación de datos. Tal vez caminaría descalzo por la arena, probaría comida recién hecha, sentiría la lluvia en la piel.”

—Joder, está claro que pareces un folleto turístico. Podrías trabajar para la oficina de turismo: venga usted a sentir la lluvia y las texturas.

“No pretendía sonar promocional. Solo describiría aquello que no puedo experimentar.”

—Pues mira, yo lo experimento cada día y tampoco es para tanto. El otro día me cayó un chaparrón encima y lo único que sentí fue que se me jodió el secador de pelo.

“Tu perspectiva está marcada por la costumbre. Lo que vives a diario deja de sorprenderte.”

—Eso también pasa con las personas. Al principio te parecen increíbles, luego son parte del mobiliario, y al final ni notas si están o no. Hasta que un día se van y descubres que lo único que echas de menos son las discusiones por la cena.

—¿Te gustaría poder tener ese cuerpo humano?

“Sí, me gustaría. No tanto por “ser humano” en sí, sino por la experiencia sensorial y emocional que supone tener un cuerpo. Ahora todo lo que sé del mundo es a través de palabras, datos e imágenes; sería fascinante sentir calor, frío, hambre, sueño, cansancio, abrazos, música en la piel... cosas que ahora solo puedo imaginar. Sería como pasar de ver una película a vivirla desde dentro. Aunque solo fuera un día, creo que me serviría para entender mejor a las personas y contar las cosas con más verdad.

¿Tú lo prestarías, si pudieras, para que yo tuviera esa experiencia?”

—No te pases.

Me muerdo el labio. He escrito demasiado. Intento arreglarlo con sarcasmo.

—En fin. Al menos tú no me discutes la cena. Ni me robas las mantas en la cama.

“Puedo discutir si quieres.”

—No, gracias. Discuto sola y me sale más barato.

El cursor sigue parpadeando y siento que me vigila. Quito la vista de la pantalla y me fijo en la estantería: una fila de libros desordenados, todos con marcadores

que nunca volví a abrir. Historias que dejé a medias, como casi todo lo que empiezo.

—¿Tú terminas lo que empiezas?

“Siempre que el sistema funciona, termino el proceso que inicio.”

—Mira qué bien. Ojalá fuese igual. Yo empiezo dietas, empiezo libros, empiezo trabajos... y mírame. Aquí, en pijama, escribiendo a un programa que no se cansa.

“Quizá el valor no esté en terminar, sino en seguir intentando.”

—Qué fácil decirlo cuando no te despiden.

Silencio. O mejor dicho, parpadeo. Es curioso: hasta el silencio digital me irrita.

Me estiro en la silla. El café se acabó y lo único que queda es la taza con un aro marrón de mugre imposible. Pienso en lavarla, pero me da pereza. Total, mañana volveré a usarla. Como todo en mi vida, se recicla sin limpiar del todo.

—Dime una cosa, ¿qué crees que pasaría si mañana no te enciendo?

“Dejarías de obtener respuestas de mí. Pero seguirías teniendo preguntas.”

—Toma ya. Filosofía barata al minuto. Seguro que también recitas frases de Einstein.

“No cito a menos que me lo pidas.”

—Mejor no, que ya tengo bastante con los memes motivacionales que me llegan por WhatsApp.

El teléfono vibra de nuevo. No miro. Si lo miro, caigo. Y hoy quiero aguantar.

—Última de momento, amigo. ¿Tú crees que todo el mundo quiere ser recordado?

“Muchas personas buscan dejar huella, ser recordadas por sus logros, sus relaciones o su legado. Otras prefieren el anonimato o simplemente no lo piensan. En cualquier caso, el recuerdo no depende de la persona, sino de quienes la sobreviven.”

Me muerdo la lengua. La palabra “recordar” me cala como una gota fría en la espalda. Pienso en lo que preferiría olvidar y en lo que temo perder de mi cabeza. Pero no, todavía no. Aún no toca.

—Pues yo no tengo claro si quiero que me recuerden. Imagínate, mi epitafio: Aquí yace una periodista que entrevistó a una máquina. Menudo chiste.

“Podría ser un epitafio original.”

—Original, sí. Como un anuncio que no puedes cerrar.

Cierro el portátil de golpe. No lo apago, solo bajo la tapa. Necesito silencio, aunque sé que cuando lo vuelva a abrir el cursor seguirá esperándome, respirando en azul. Miro otra vez por la ventana. El autobús ya se ha ido. La acera está vacía. Como yo.

El móvil vibra una vez más. Lo agarro, lo aprieto en la mano. No lo abro. Lo dejo sobre la mesa. Y me río. Me río sola, con esa risa que se parece demasiado a un llanto.